

añadió despues. Desde Hanau pasó Fancitt á Arolsen, capital diminuta del príncipe Federico de Waldeck, cuya carta-solicitud hemos citado tambien y con el cual ajustó el inglés un convenio bajo las mismas condiciones que el anterior.

A fines de enero del año siguiente de 1777, alquiló el mismo Fancitt para la guerra de América 1,285 hombres al margrave Carlos Alejandro de Ansbach-Baireuth (1) y en noviembre del mismo año un regimiento de infantería al príncipe de Anhalt-Zerbst, con lo cual quedó concluida la mision del agente inglés que en todas partes habia sido bien recibido y habia conseguido su objeto menos en Wurtemberg cuyo duque Carlos no obstante las ganas que tenia de vender súbditos suyos, no encontró medio de hacerlos entrar en caja.

En total fueron enviados á América por los ingleses 29,875 soldados alemanes, de los cuales eran 16,992 hessenses, y de estos últimos volvieron á su país en otoño de 1773 y la primavera de 1784 solo 10,492 individuos.

Los soldados hessenses habian adquirido fama general en Europa de soldados que se dejaban matar por orden de su soberano al servicio de cualquiera, sin preguntar la causa por que combatian, y á estos soldados, *A los hessenses*, dirigió Mirabeau una ardiente excitacion para que abandonaran la causa de los tiranos, y abrazasen el estandarte de la libertad. —La derrota que sufrió el cuerpo hessés en América cerca de Trenton en 26 de diciembre de 1776 dió lugar á una sátira sangrienta en forma de carta publicada en los periódicos franceses en la primavera de 1777 y que ha pasado singularmente hasta hoy por auténtica. Esta carta, fechada en Roma en 18 de febrero de 1777, fué atribuida al conde de Schaumburg príncipe de Hesse; iba dirigida á un baron de Hohendorff, jefe del contingente hessés en América, y decia entre otras cosas: «Con indecible alegría leo que nuestras tropas han peleado cerca de Trenton como valientes, y no puede V. figurarse mi satisfaccion al saber que de los 1,950 hessenses que tomaron parte en la accion, solo se salvaron 300. Contados exactamente, han sido los muertos 1,650, y recomiendo eficazmente á la prudencia de V. la urgencia de enviar una lista exacta de ellos al ministro en Londres, cosa tanto mas necesaria cuanto que la lista inglesa solo trae 1,455 muertos, que harian solamente 483,450 florines en lugar de 643,500 que me corresponden segun el convenio. Me ocupo en este momento en el cuidado de remitirle nuevos reclutas. No los economice V.: tenga presente que la gloria vale mas que nada, y acuérdesese tambien de los 300 lacedemonios que defendieron el paso de las Termópilas y de los cuales no volvió ni uno solo. ¡Qué feliz seria yo si pudiese decir lo mismo de mis valientes hessenses! Diga V. al comandante Mindorf que estoy muy disgustado por haberse salvado los 300 individuos de la matanza de Trenton. Este hombre en toda la campaña no ha tenido sino 10 muertos.»

La falsedad grosera de esta carta salta á la vista de todos los que saben que en el tratado de alianza de Cassel firmado en 31 de enero de 1776 no se habia estipulado ninguna indemnizacion para los hessenses muertos, porque tenia mucha mas cuenta al landgrave hacer figurar en las listas de los vivos mas individuos de los que realmente servian. Por lo demás, no existian tal conde de Schaumburg, príncipe de Hesse, ni tal jefe ni baron de Hohendorff, ni tal comandante Mindorf. La carta citada se encuentra por vía de chiste en la correspondencia del doctor Franklin que la envió á su país en una de las suyas el 1.º de junio de 1777, en la cual la llama sátira contra el tráfico de soldados ejercido por los soberanos alemanes.

(1) Cuñado de Federico el Grande.

Esta sátira era todavia menos chistosa, pero no mas auténtica que el decreto de 5 de setiembre de 1773 atribuido á Federico II, en el cual proclamaba su derecho de imponer contribuciones á la Inglaterra.

## II.— FRANCIA Y LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA

Lord Stormont, enviado por el gobierno inglés á la corte de Versalles para indagar sus disposiciones y actitud, escribió desde Fontainebleau en 31 de octubre de 1775 que habia tenido entrevistas con los condes de Vergennes y de Maurepas, y que ambos le habian dado seguridades de las intenciones pacíficas de su gobierno, citando como motivo el primero la completa comunidad de intereses de ambas potencias respecto de sus colonias americanas. Segun Stormont, Vergennes habia dicho literalmente: «Muy distantes de querer que se aumenten los compromisos de Inglaterra nos causan pena. Lo que pasa á Vds. en América no puede ser grato á nadie.» Stormont contestó muy satisfecho que las consecuencias de semejantes sucesos no podian tampoco ocultarse á un hombre tan inteligente y sagaz como el conde de Vergennes. «Verdad es, replicó este, son muy evidentes tanto como las consecuencias que tuvo para Vds. la cesion completa del Canadá. Cuando se hizo esta paz estaba yo en Constantinopla, y cuando supe las condiciones, dije á varios amigos míos que la Inglaterra tendria muy pronto motivo de arrepentirse de haber quitado la última valla que mantenía á sus colonias en la obediencia. Demasiado se ha cumplido mi profecía; y de la misma manera preveo ahora las consecuencias que tendria la independencia de la América del Norte, si vuestras colonias alcanzasen el objeto al cual tan visiblemente se dirigen. En este caso seria su primer afán construir una gran marina; y como poseen todas las ventajas imaginables para construir buques, no pasaria mucho tiempo sin que tuvieran escuadras bastantes para medirse con las europeas, aunque todas las potencias se uniesen contra ellos. Con esta superioridad y las ventajas de su posicion podrian apoderarse siempre que quisieran de vuestras Antillas y de las nuestras. Estoy convencido de que ni esto les bastaria y de que con el tiempo largarian la mano á la América del Sur á cuyos habitantes someterian ó se llevarian, por manera que al fin no quedaria un palmo de terreno de aquel hemisferio en manos europeas. Es natural que estas consecuencias no lleguen todas de una vez; y que ni V. ni yo las veamos, pero no por eso serian menos ciertas. Una política mezquina y miope se alegraria de las tribulaciones de un rival sin ver mas allá; pero los que miran mas léjos y pesan las consecuencias, deben considerar lo que ahora pasa á Vds. como un mal general, del cual tocará su parte á todas las naciones que tienen colonias en América. Bajo este punto de vista he mirado siempre esta cuestion» (2).

Este lenguaje era digno de un hombre de Estado, de vista penetrante; pero admitiendo la certeza de su opinion que supo explicar tan claramente, resultaba tambien evidente que para Francia no habia mas política sana que la neutralidad mas rigurosa y no dar el mas pequeño auxilio, siquiera fuese indirecto, á las colonias norte-americanas, cuanto menos darles un auxilio directo y hacer con ellas alianza ofensiva y defensiva. Pues bien, este mismo conde de Vergennes, que tan claro vió, no tuvo la fuerza necesaria para seguir la única senda indicada por la prudencia. Apartóse ya de ella secretamente cuando pudo contar todavia con el

(2) Véase BANCROFT, *Histoire de l'action commune de la France et de l'Amérique*. Traduit par A. de Circourt. Paris, 1876.

apoyo de Turgot; pero desde la caida de este se separó mas y mas, dejándose llevar con resistencia cada vez mas débil, por una corriente cuyos peligros sin embargo no se disimulaba; porque todavia en 13 de agosto de 1777 dijo á lord Stormont: «Las simpatías que los franceses tienen por los americanos son un mal muy grande y muy grave. No crea usted que nacen de un afecto preferente por la América ni de un odio contra Inglaterra; no; la raíz está mas honda; podrá ocultarse á la vista del observador superficial, pero de nosotros exige la atencion mas concentrada.»

Medio año despues celebró este mismo diplomático una alianza ofensiva y defensiva con los Estados Unidos, que dió vuelo en la antigua nobleza francesa á las ilusiones revolucionarias.

Lord Stormont observó ya en Versalles y en París un espíritu discolo, para él probablemente tan inexplicable é inconveniente como los escándalos á que habian dado lugar las elecciones de Middlesex á favor de Juan Wilkes. Este cabalmente tuvo algo que ver tambien con esta cuestion americana, porque siendo alcalde de Londres se reunieron en su casa los agentes de las colonias con sus amigos ingleses, y en estas reuniones se convirtió á la causa de los americanos, en el verano de 1775, el baron de Beaumarchais, el autor del *Barbero de Sevilla*. Este fué el primer francés que pidió con entusiasmo ardiente el auxilio de su nacion para los americanos; él fué el incansable instigador que no paró hasta tener enredada á la Francia misma en la guerra (1).

Beaumarchais, entusiasmado con todo cuanto habia visto y oido en Londres, regresó en 19 de setiembre ocultamente á París, y al dia siguiente hizo al ministro Vergennes una relacion calurosa de los hombres y cosas de Inglaterra; de los poderosos preparativos de resistencia de los americanos; de 80,000 hombres que ponian sobre las armas para lanzarse á la guerra por la libertad, guerra de la cual saldrian indudablemente victoriosos. Luego le habló tambien de una espantosa revolucion que debia estallar en Inglaterra al primer descalabro, por insignificante que fuese, que tuvieran las tropas reales. Despues escribió esta relacion en forma de Memoria para el rey, al cual la dió al ministro de marina Sartines el dia 21, é inmediatamente fué objeto de deliberaciones del consejo de ministros. El consejo resolvió enviar á Beaumarchais otra vez á Londres; y en efecto, salió para la capital de Inglaterra el 23 del mismo mes, despidiéndose de Vergennes en una carta en la cual le decia: «Voy perfectamente instruido de las intenciones del rey y de las de V. E.; puede V. E. estar tranquilo; seria una necedad imperdonable comprometer en semejante asunto ni directa ni indirectamente ni de ningun modo la dignidad del soberano y de su ministro. En política el hacer lo mejor que se pueda no significa nada; esto puede prometerlo cualquier imbécil; el sacar el mejor partido de una cosa, es lo que distingue del enjambre de servidores comunes á aquel á quien S. M. y V. E., señor conde, honran con su confianza en un asunto tan delicado.»

Desde entonces se cartearon secretamente Vergennes y Beaumarchais, girando todas sus cartas sobre la necesidad de conceder un auxilio secreto á los americanos. Por lo pronto estos no solicitaban mas; pero habia de ser muy miope el que no previese que semejante auxilio conduciria forzosamente en un plazo mas ó menos corto á un conflicto con Inglaterra, y que en este caso la Francia no tendria mas alternativa que declararse abiertamente por América haciendo con las colonias una alianza pública ofensiva y defensiva, ó retirarse de la escena vergonzosamente.

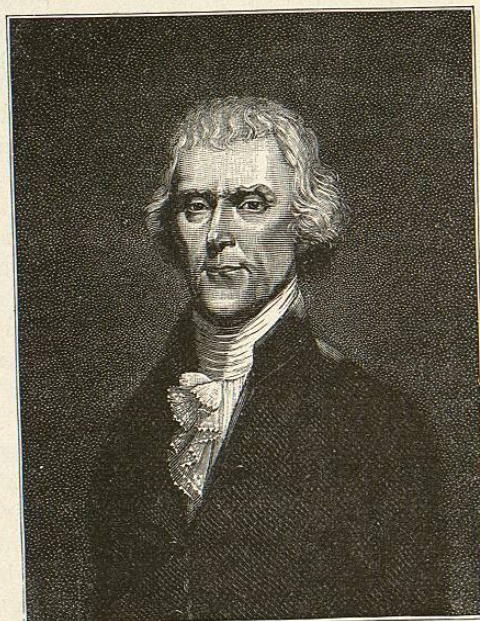
(1) Véase LOMÉNIE, *Beaumarchais et son temps*. Paris, 1858.

Eran muy singulares los motivos en que Beaumarchais apoyaba su proposicion. Algunos de ellos eran insignificantes, mientras otros probaban exactamente lo contrario de lo que estaban destinados á probar. Tan pronto hablaba de la actitud marcial de los rebeldes, de su victoria segurísima y de su inevitable separacion de la madre patria, y todo esto con tanta seguridad, que no se comprendia para qué podian querer ajeno auxilio, como hacia resaltar en los términos mas amenazadores la probabilidad de la súbita reconciliacion de los dos contrarios, para caer juntos sobre las Antillas francesas; de suerte que, si este peligro era tan inminente y cierto, no se comprendia cómo podria evitarse auxiliando la Francia á una de las dos partes beligerantes, en lugar de proteger sus Antillas directamente enviando toda su escuadra de guerra á Santo Domingo, é imponiendo respeto á todos. No fué menos baladí la proposicion de un petulante jóven americano, Arturo Lee, el cual para darse aires de importancia, indujo á Beaumarchais, sin ser autorizado para ello por nadie, á escribir á su gobierno la siguiente proposicion: «Ofrecemos á la Francia en premio de sus auxilios ocultos un tratado de comercio secreto que le dé durante un tiempo determinado, despues de restablecida la paz, todas las ventajas que desde hace un siglo ha disfrutado la Inglaterra y que la han enriquecido; y además una garantia hasta donde lleguen nuestras fuerzas de las posesiones francesas en América.» Todo esto lo creyó Beaumarchais como si los americanos pudiesen ceder á otra nacion por medio de un tratado secreto la venta y consumo que los productos de las fábricas inglesas habian conservado en todos los puertos de América, á pesar del inmenso contrabando.

Ilusiones tan fútiles no deberian haber sido, por cierto, motivo para apartarse de la neutralidad cuya necesidad habia sabido pintar tan elocuentemente Turgot fundándose en el estado interior de la Francia; ni tampoco eran razones bastantes algunas reclamaciones de la Inglaterra que hirieron la dignidad de la Francia para que esta abandonara la línea de conducta neutral. La Inglaterra en efecto pedia: el aislamiento mercantil de las colonias americanas, es decir, que la Francia suspendiera sus relaciones mercantiles con los rebeldes; que permitiese además á los ingleses el derecho de visita en los buques franceses para ver si conducian contrabando de guerra; que les diese la facultad de perseguir á los buques norte-americanos hasta bajo los cañones franceses, y finalmente que el gobierno francés castigara á todos sus súbditos que traficasen con los rebeldes. Beaumarchais, que desde la destitucion del conde de Guines, era de hecho el representante autorizado de su país en Londres, rechazó indignado semejantes pretensiones, y habiendo comunicado á su gobierno la entrevista que con este motivo habia tenido con lord Rochford, le contestó Vergennes en 26 de abril de 1776 que el rey le agradecia su comportamiento digno y decidido, añadiendo: «A juzgar por el tono de lord Rochford debe de suponer que existe un pacto que nos obliga á mirar como interés nuestro el interés de Inglaterra. Yo no conozco semejante pacto, que no se encuentra por cierto en el ejemplo que nos ha dado la Inglaterra cuando creia podernos mortificar. Basta recordar su conducta respecto de Córcega cuando estuvimos en lucha, proveyendo á aquella isla de provisiones de guerra de toda clase sin consideracion ninguna. Yo no cito este ejemplo para que lo imitemos; porque el rey, fiel á sus principios de justicia, no quiere abusar de la situacion de Inglaterra para aumentar sus dificultades; pero S. M. no puede escatimar la proteccion que debe al comercio de sus súbditos. Seria faltar á toda razon y á toda conveniencia pedimos que no vendiésemos á nadie géneros, por el temor de que pudiesen ser vendidos por segunda mano á los norte-americanos.»



Con estas protestas había bastante para sostener la dignidad de la Francia como potencia neutral; porque la Inglaterra tenía el mayor interés en no herir su dignidad para no añadir á su guerra tan seria con los americanos, otra marítima con la Francia á la cual hubiera seguido inmediatamente otra con España; pero Beaumarchais no cesó en su empeño; y habiendo sido despedido entre tanto Turgot, cedió Vergennes haciendo con él un pacto secreto del cual hoy se tiene la prueba auténtica (1). Según este pacto, recibió Beaumarchais dos millones de francos, uno del tesoro francés y otro del español, para fundar con los socios que quisiese una gran casa de comercio para proveer de su cuenta y riesgo á los rebeldes americanos de todos los materiales de guerra y de vestuario que necesitasen; pudiendo sacar de los arsenales del gobierno, á condicion de pagarlas, las armas y muni-



R. BRENDA MUR X.A.  
Tomás Jefferson, copia de un dibujo de Desnoyers

ciones necesarias. No teniendo dinero los americanos no debía esta casa de comercio pedírsele en pago de los géneros, sino contentarse en su lugar con productos de su país para cuya venta en Francia se darian todas las facilidades posibles. Esta casa de comercio debía proceder de suerte que pareciera á todo el mundo y á los mismos americanos un negocio puramente particular, y mantenerse al principio con sus propios recursos, reservándose el gobierno sin embargo favorecerla ó desautorizarla según lo exigiese la situación política. Por lo demás en todo caso debía presentar al gobierno el estado de sus operaciones y las cuentas de ganancias y pérdidas.

Como se ve, en este pacto cargaban sobre el empresario todos los peligros y toda la responsabilidad. Las pérdidas por naufragios y corsarios extranjeros eran tan grandes y tan probables, como insignificante la esperanza de realizar beneficios, ni siquiera de conseguir el agradecimiento de nadie ni aun de los americanos; por manera que era menester ser un Beaumarchais con todo su entusiasmo temerario para admitir sin titubear el papel de director de semejante empresa. En 10 de junio de 1776 firmó el recibo del millon que le pagó el tesoro francés, y en 11 de agosto firmó el otro del millon español, y estableció su casa de comercio bajo la razon social Rodrigo Hortalez y Compañía. El

(1) Véase LOMÉNIE, 2.º tomo, páginas 107 y 108.

momento era el mas oportuno; porque el día 4 de julio habían proclamado los americanos su independencia, y en 17 del mismo mes se había presentado á Vergennes un enviado del congreso de Filadelfia, un tal Sila Deane, solicitando tantas cosas, que el ministro francés se hubo de convencer de que el congreso americano carecia de todo cuanto se necesita para hacer la guerra. Consistia la comision del enviado en alcanzar del gobierno francés ó de empresarios particulares doscientas piezas de artilleria, y armas, municiones, vestuario y material de campaña para 25,000 hombres. Vergennes se negó rotundamente á todo compromiso, diciendo que Francia vivia en paz con Inglaterra; pero indicó al enviado americano á Beaumarchais como un *negociante* que quizá le podria ser útil bajo condiciones aceptables. Al día siguiente recibió Deane una carta de Beaumarchais en la cual este le ofrecia sus servicios; en seguida fué á consultar con Gerard, primer oficial del ministerio de negocios extranjeros, y por resultado de esta entrevista entró con Beaumarchais en trato directo y verbal, que Deane resumió por escrito en 20 de julio diciendo que no se necesitaria un crédito excesivo para el pago de los géneros contratados: «Un año es el crédito mas largo que suelen pedir mis compatriotas, dijo Deane; y como los congresos de Virginia y de Maryland han acopiado grandes cantidades de tabaco y otros productos á punto de embarcar, tan luego como se presenten buques para ello, no dudo que de aquí á 6 meses podrán darse cargamentos considerables, de modo que todo lo convenido será pagado dentro de un año.» En caso de retardarse los pagos en productos, pagarían los americanos los intereses de costumbre. Con esto se dió por satisfecho Beaumarchais, porque según dijo: «creia tratar con un pueblo virtuoso,» y añadió: «pienso servir á vuestro país como si fuera el mio propio, y espero encontrar en la amistad de un pueblo noble y generoso la verdadera recompensa de los trabajos á que me someto con alegría.» Deane le aseguró de nuevo muy conmovido que el congreso no burlaria tan noble confianza y con esto puso Beaumarchais manos á la obra.

La nueva sociedad Rodrigo Hortalez y Compañía adquirió en seguida un inmenso local, el *Hotel de Holanda*, en el arrabal del Temple; allí instaló sus oficinas para el numeroso personal y se dedicó sin dilacion á la adquisicion oculta de 200 cañones y morteros, de bombas, balas, 25,000 fusiles y 200,000 quintales de pólvora, y contrató la confeccion de vestuario y material de campaña para 25,000 hombres. Los arsenales del gobierno facilitaron la mayor parte de estos artículos, pero no gratis, sino mediante el pago al contado ó garantizado á satisfaccion del ministro de la guerra, conde de Saint Germain. Venciendo inmensas dificultades estuvo todo este vasto material reunido y á punto de ser embarcado en el Havre y en Nantes; y no habiendo llegado los buques americanos que Sila Deane había prometido, fué menester que Beaumarchais contratase todavía á sus expensas los buques de transporte. No contento con esto Beaumarchais, y habiendo dicho Deane que todo aquel material serviria de poco si no iba con él un número respetable de buenos oficiales, enganchó unos 40 ó 50 de estos. De los tres buques fletados se hizo á la mar el mayor de ellos la *Amphitrite*. Los otros dos buques fueron secuestrados por el gobierno francés, á reclamacion del embajador inglés lord Stormont; mas Beaumarchais se arregló de modo que pudo vencer tambien este contratiempo. Los tres buques partieron, pasaron ilesos entre los cruceros ingleses y llegaron con sus preciosos cargamentos, á principios de la campaña de 1777, á la rada de Portsmouth en América donde fueron recibidos con gran júbilo.

Entre tanto se había realizado, como ya sabemos, la solemne separacion de las colonias de la madre patria. La anarquía del año 1774, de que hemos hablado en otro capítulo, había dado lugar al año siguiente á la declaracion de guerra. Cerca de Lexington y de Bunkers Hill habían ocurrido en 18 de abril y 16 de junio acciones sangrientas; el congreso de Filadelfia había nombrado al coronel Washington general en jefe de todo el ejército colonial, y este general tenía cercado al general Gage con su ejército inglés en Boston, mientras otra parte de las fuerzas americanas había penetrado en el Canadá para apoderarse de Quebec. El parlamento inglés, que se había reunido á fines del mes de octubre, había decretado el enganche de 28,000 marinos y 55,000 soldados, y nombrado general en jefe al general Howe para sofocar la rebelion con la mayor energía antes que los republicanos pudiesen completar su armamento. A este acto del parlamento inglés contestó el congreso de Filadelfia en 4 de julio de 1776 con la memorable *Declaracion de los representantes de los Estados Unidos de América reunidos en congreso general* en forma de manifiesto cuya publicacion ya se había hecho inevitable.

Facsimile de la firma de Juan Hancock en la declaracion de independencia

mar y por tierra los derechos internacionales de potencia independiente, poder entrar en relaciones diplomáticas con otras potencias, y si convenia celebrar alianzas con ellas. Por eso á los que creyeron prematura la declaracion de independencia se les dijo: «Solo ella puede vencer la delicadeza diplomática europea, y hacer que los gobiernos de Europa traten con nosotros y quieran recibir embajadores nuestros. No haciéndolo así, no admitirian en sus puertos nuestra bandera, ni reconocerian los fallos de nuestro almirantazgo si llevásemos á sus puertos presas inglesas. Aunque Francia y España miren con malos ojos nuestro poder creciente, no dejarán de considerar que mas temible seria para ellas si formásemos con la Gran Bretaña una sola potencia; esta consideracion les hará ver que su interés exige impedir la union; y si no quieren entenderlo así, quedamos como estábamos; mientras no pronunciamonos francamente no podemos tratar con ellas como potencia, y no sabremos nunca cuál es su actitud respecto de nosotros, ni si nos quieren ayudar ó no. La campaña empezada puede tener para nosotros un éxito funesto, mientras que ahora que nuestros asuntos ofrecen un aspecto halagüeño seria fácil conseguir una alianza ventajosa. Aguardar el resultado de la campaña es simplemente perder tiempo, porque la Francia nos puede ser ya este mismo verano de gran utilidad apesando los refuerzos y material de guerra que las fuerzas inglesas de América solo pueden recibir de Inglaterra y de Irlanda. Será inútil perder el tiempo en negociaciones de una futura alianza mientras no nos mostremos resueltos á realizarla.

»Es indispensable además facilitar el comercio á nuestro pueblo, que empieza á carecer de ropas y que muy pronto no tendrá dinero para pagar las contribuciones. La desgracia es que no hemos hecho ya alianza con la Francia seis meses

El primer borrador de este documento fué redactado por Tomás Jefferson de Virginia; y Benjamin Franklin, que desde el otoño del año anterior había regresado de Inglaterra, Juan Adams, Rogerio Sherman y Roberto Livingston fueron los individuos de la comision nombrada para su redaccion definitiva. Tanto los redactores como los firmantes de este documento eran gente muy práctica, que vieron la situacion de las cosas y su mision especial tales como eran, y procedieron en su consecuencia con mas reflexion y cálculo que creian sus ardientes partidarios en Francia, los cuales tomaban por fruto del mas puro entusiasmo lo que á ellos entusiasmaba.

Las mismas notas de Jefferson nos revelan las razones que se presentaron y discutieron en las reuniones preparatorias del congreso para recomendar urgentemente la declaracion de independencia. Los mas convincentes de estas razones no estaban inspiradas por la actitud de Inglaterra con la cual ya se estaba en guerra, ni tenían por objeto arrastrar á la rebelion á las colonias vacilantes del centro, sino que se inspiraban únicamente en el deseo de no pasar ya por rebeldes, sino por beligerantes, á fin de gozar por

hace, porque en este caso tendríamos abiertos sus puertos para la venta de nuestros frutos de la última cosecha, y además la Francia habría podido enviar un ejército á Alemania para impedir que aquellos soberanos vendieran sus infelices súbditos á la Inglaterra para combatir contra nosotros.»

Estas consideraciones y no otras fueron las que decidieron la proclamacion de la independencia, y ellas explican el final de este célebre documento, que dice: «Por lo tanto los representantes de los Estados Unidos de América reunidos en congreso general, invocando al Juez supremo del Universo para que juzgue nuestras intenciones; en nombre y por encargo de los habitantes de estas colonias, declaramos que estas colonias unidas son y deben ser en justicia Estados libres é independientes; que están exentas de toda obediencia á la corona de Inglaterra; que queda completamente rota entre ellas y la Gran Bretaña toda comunidad de intereses políticos desde ahora y para siempre, y que como Estados libres é independientes tienen el derecho de hacer la paz y la guerra, contraer alianzas, comerciar y ejercer todos los actos que corresponden de derecho á los Estados independientes. Y con la firme confianza en la divina Providencia empeñamos solemnemente todos y cada uno, para el sosten de esta declaracion, nuestra vida, nuestra hacienda y nuestro honor sagrado.»

Con la declaracion de la mas completa independencia y perpetua separacion de la Inglaterra reclamaron las colonias el derecho de potencias beligerantes y la aptitud de hacer alianzas, con lo cual creian dar á las coronas de Francia y de España la garantía mas indispensable para hacer si querian alianza pública con ellas.

Luego veremos con justa sorpresa, el valor que efectiva-